



concentrado en la nacionalización de las masas a través de la escuela a fines del siglo XIX, la emergencia del nacionalismo cultural durante el Centenario de 1910, o las entonaciones del nacionalismo de derecha de los años '30. En cambio, el período que se abre en 1955 no ha sido explorado en la misma medida en cuanto a la centralidad que el nacionalismo, o la pluralidad de nacionalismos que convergían en su seno, detentaba en el período. Como señala el autor, así como el peronismo fue un experimento exitoso de apropiación de ideas y consignas que provenían de otras tradiciones políticas, como el socialismo, fue asimismo exitoso en la fagocitación de virtualmente todos los nacionalismos. Así, luego de 1955 todo aquel que se sintiera traccionado por alguna forma de nacionalismo, sea nacionalismo autoritario, antiimperialista, culturalista o popular, podía encontrar motivos para añorar a Perón, para imaginar que las ideas que profesaba sólo podrían llevarse a la práctica una vez que el peronismo regresara al poder. En definitiva, este punto de vista ayudaría a comprender no solamente la peronización progresiva de muchos sectores y la transformación del revisionismo histórico en esa suerte de sentido común que mencionaba Terán, sino a enfocar de modo novedoso tanto el amplio paraguas que fue el peronismo como las semillas de discordia que se incubaban en su seno, y que estallarían trágicamente en 1973.

Esos y otros varios rasgos hacen de **La Argentina Partida**, en momentos en que las querellas sobre el pasado y las políticas de la historia han cobrado una relevancia en el debate público insospechada apenas unos años atrás, un libro que convoca a continuar las exploraciones y las discusiones sobre la materia que trata.

Martín Bergel
(CHI-UNQ / CONICET)

A propósito de Sebastián Carassai,

Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2013, 329 pp.

El libro de Sebastián Carassai es, sin lugar a dudas, una intervención particularmente disruptiva, incómoda. Lo es, al menos, para ese relato sobre los años setenta que se ha consagrado en el espacio de la memoria social hasta alcanzar la estatura de una suerte de memoria oficial y que, paralelamente, se halla instalado sin mayores interpelaciones en el campo de los estudios sobre el pasado reciente.

A riesgo de esquematizaciones burdas, podría decirse que los tópicos que jalonan ese relato son: a) la proscripción del peronismo a partir de 1956 le otorga un insalvable carácter de ilegitimidad al régimen; b) en ese contexto, una porción sustantivamente significativa de las clases medias se *peronizan* y, en un escenario internacional signado por la expansión de movimientos emancipatorios en general y por la experiencia de la Revolución Cubana en particular, se radicalizan; c) la cerrazón de canales político-institucionales implicada en la proscripción del peronismo, primero, y en el golpe de Estado de 1966, después deja sin alternativas al campo popular: la protesta social y la violencia insurgente son, así, los componentes clave de un mismo proceso; d) de lo anterior queda claro no sólo la naturaleza reactiva de la violencia insurgente sino, además y fundamentalmente, su legitimidad y su aprobación por parte de amplios sectores sociales; e) la amplitud del desafío contestatario desencadena una represión legal e ilegal sin precedentes hasta entonces que empuja a las organizaciones revolucionarias a la clandestinidad; f) acorraladas por la represión, éstas cometen el error de militarizarse lo cual se traduce en un aislamiento de las masas; g) en ese contexto de represión ilegal, militarización y aislamiento de las organizaciones revolucionarias sobreviene una suerte de rebote del humor colectivo respecto de la violencia insurgente; h) este rebote favorece el avance de las fuerzas golpistas; i) tras el golpe del 24 de marzo se despliega sobre el conjunto de la sociedad un sistema represivo ilegal basado en la diseminación del terror y orientado al disciplinamiento social.

Bueno, el libro de Carassai viene a poner en cuestión si no todos y cada uno de estos tópicos, al menos aquellos que le son centrales o, mejor aún, fundamentales a ese relato. Y lo hará a partir del estudio de las clases medias no involucradas de manera directa en la lucha política de los años setenta, en especial, en relación a dos cuestiones claves: la política y la violencia. Se celebra, entonces y en primer lugar, un objeto de estudio poco estudiado en el campo de la historia reciente: eso que la editorial ha decidido llamar "gente común", término por lo menos polémico y muy fácilmente impugnado y que, sin embargo, *funciona* en términos de *representaciones e interpelación*.

¿Y qué nos dice Carassai de "la gente común"?

a) Que no se peronizó (más aún, que su identidad política permaneció condicionada por una sensibilidad estructurada en torno a su distinción del peronismo); b) que no participó del proceso de radicalización política-ideológica de los tempranos setenta (en todo caso esa radicaliza-

ción tuvo lugar sólo entre los jóvenes universitarios que representan, de todos modos, un porcentaje ínfimo de las capas medias); c) que no votó por la izquierda en 1973; d) que nunca legitimó o vio con simpatía la violencia insurgente; e) que incluso guardó una completa ajenidad respecto de los objetivos y/o sentidos de esa violencia; f) que si tuvo algún tipo de sensibilidad respecto de la "violencia social" —en rigor, protesta social— ésta tuvo razones más afectivas y ligadas a cierta empatía o identificación generacional que a razones de índole político-ideológicas; g) que la represión de la violencia guerrillera en su modalidad terrorismo de Estado no sólo comenzó mucho antes del '76 (bajo el gobierno peronista) sino que, bastante lejos de percibirse como *disciplinamiento*, fue la depositaria de buena parte de las esperanzas de estas capas medias que, para coronar la disruptiva intervención de Carassai, sólo aspiraban a un suerte de recomposición moral (cuyo *leiv motiv* sería la conservadora cadena no necesariamente consciente pero presente en todo caso familia-trabajo-estudio-orden-jerarquía).

Estos son, dichos en tiempos de reseña, los tópicos que decantan de cuatro capítulos del libro de Carassai (1. La cultura política; 2. La violencia social; 3. La violencia armada; 4. La violencia estatal). El último y 5° capítulo, Deseo y violencia (1966-1975), se aleja ligeramente del hilo conductor del relato para adentrarse en otra dimensión tan resbaladiza como sugerente: aquella que remite a los vínculos entre violencia y deseo social. A través del análisis de un conjunto de productos publicitarios —entendidos éstos como vehículos de valores y creencias que exceden a los protagonistas del negocio y son, en rigor, ruedas de molino que mediatizan el deseo social, en tanto de éste se nutren y a éste se dirigen— Carassai echa luz sobre un fondo de creciente violencia inconscientemente compartida por amplios sectores sociales. En ese fondo se dejan leer un culto a la implacabilidad de las acciones, una necesidad de producir o desear que se produjeran hechos irreversibles, expresiones de una fe compartida, por unos y por otros, en acciones extraordinarias que, como un rayo, partieran en dos la historia.

Así, la intervención de Carassai avanza por caminos sugestivos sobre varios de los huecos y sin respuestas que acarrearán las investigaciones y relatos más extendidos sobre los setenta. A través de un objeto de estudio que, como ha sido señalado, se encuentra poco explorado por la historiografía de esos años, avanza, por ejemplo, sobre un vínculo también poco explorado: el de las organizaciones revolucionarias armadas con el afuera. Si los rela-

tos más consagrados no logran explicar los motivos del postulado rebote del humor colectivo respecto de la violencia insurgente, el trabajo de Carassai lo hará impugnando supuestos básicos: en realidad, al menos en lo que hace a las capas medias, no hubo tal rebote sino, antes bien, rechazo y ajenidad respecto de los fines y los medios de la apuesta guerrillera. Avanza a su vez, por ejemplo, sobre otro vacío central: si la idea de una “naturalización de la violencia” aparece con bastante frecuencia en aquellos extendidos relatos y, en general, con el objeto de explicar y, al mismo tiempo, legitimar la apelación a las armas por parte de los grupos radicalizados, la investigación de Carassai representa un esfuerzo metodológico bastante excepcional para llenar de contenido a aquella idea de naturalización e iluminar los dispositivos, las tramas y los sentidos particulares que la definirían.

Ahora bien, el trabajo de Carassai también deja abiertos problemas e interrogantes nada menudos; siendo el primero de ellos la imagen de la sociedad y del período que ofrece: una mayoría silenciosa que ni entiende ni acompaña el proceso de radicalización política que en definitiva marca el pulso de la época. ¿Se reducirían aquellos años, al fin y al cabo, a un encarnizado enfrentamiento entre vanguardias de signo ideológico opuesto? Por otra parte, ¿cuáles son los tránsitos, los préstamos, las intercomunicaciones entre los distintos actores sociales que, según el propio autor, comparten un sustrato cultural de fascinación por lo irreversible? ¿Por qué, de qué manera, ese sustrato de fe en acciones definitivas que partieran en dos a la historia alimentó, en las capas medias, una disposición hacia la intervención violenta del Estado y no hacia la acción revolucionaria radical? Finalmente, si la represión de la guerrilla contó con el apoyo de estas capas medias puesto que allí se depositaban sus expectativas de recomposición moral ¿por qué el andamiaje represivo incluyó estrategias específicas de adoctrinamiento y control destinados a amplios sectores sociales que incluyeron, por supuesto, a esas mismas capas medias?

El de Carassai es, en definitiva, un libro de proposiciones sugestivas que arroja al debate interrogantes abiertos e inquietudes incómodas; y aunque sus fundamentos metodológicos han despertado dudas, es, sobre todo, un libro necesario, tanto en términos de aportes historiográficos como de intervenciones más estrictamente políticas.

Vera Carnovale
(CeDInCI-UNSAM / CONICET)

A propósito de *Claudia Hilb, Salazar P-J y Martín, L. (Editores), Lesa Humanidad, Argentina y Sudáfrica: reflexiones después del Mal*, Katz editores, Buenos Aires, 2014, 184 pp.

Dos universos geográficos, políticos e ideológicos gravitan en el centro neurálgico de este libro, no otro que el que diseñan los procesos judiciales que tuvieron lugar tanto en Argentina como en Sudáfrica luego del fin de la última dictadura y el *apartheid*. Procesos políticos y sociales radicalmente diferentes entre sí pero que culminaron, ambos, ante escenas jurídicas. Podría decirse que de un lado del Atlántico emerge la imagen del ya célebre tribunal enjuiciando a las cúpulas militares, y del otro, la de la Comisión de Verdad y Reconciliación impulsando un proceso que por otra vía, apelando a otros recursos, hundiéndose sus fundamentos en otras genealogías históricas, eligió la figura de la reconciliación como modo de inaugurar el futuro para su país.

En el caso de los ensayos de los autores rioplatenses aquí reunidos, se trata de textos que son prolongación de antiguas reflexiones, muchas de las cuales han visto la luz ya sea bajo el formato de libro, ya de ensayos, aparecidos en revistas como **Puentes, Punto de Vista, Lucha Armada**, por nombrar sólo algunos de los proyectos editoriales en los que han ido asomando versiones *disonantes* con respecto a eso que se conoce como “pasado reciente”.

Las voces de los autores aquí reunidos escriben a contrapelo de lo que en los últimos años se ha configurado como una verdad de carácter indiscutible acerca de lo que fue la última dictadura militar. Porque ese capítulo trágico de nuestra historia, esos años que marcan un verdadero antes y después, quedaron capturados —como lo señalan muchos de los textos de este volumen— bajo la forma de un sentido cristalizado que no ha dejado demasiado lugar para la interrogación crítica.

Las páginas de este libro vienen a decirnos, como antes lo hicieron otros textos y otros autores, que el ayer no sólo no puede ni debe ser considerado como un territorio incuestionable sino que por el contrario es necesario interrogarlo hasta el extremo y el riesgo — como nos enseña Todorov— de que aquellas preguntas que le formulemos nos devuelvan respuestas que nunca esperábamos escuchar.

En esa dirección están escritos estos textos, pensados y concebidos, en un sentido disruptivo respecto a un pensamiento oficial que desde

hace años insiste en leer el pasado como un territorio donde las figuras del mal se oponen de manera diáfana a las del bien, al tiempo que vanagloriándose los sostenedores de ese pensamiento, de haber logrado desarrollar un modo casi ejemplar de entender y abordar la historia traumática. Un modo de leer el ayer en el que algunos conceptos han alcanzado un estatuto de legitimidad casi incuestionable, como por ejemplo el de genocidio, concepto que tanto Hugo Vezzetti como Emilio Crenzel vienen interrogando desde hace tantos años y que aquí, en estos textos vuelven a ponerse en discusión.

O el de guerra, obliterado de las enunciaciones oficiales y que con tanta claridad Vera Carnovale explora en su trabajo recordando que tanto las agrupaciones armadas como las fuerzas represivas se lanzaron a un combate sustentados en una representación de sí mismos que giraba en torno a las figuras de vanguardias bélicas, figuración ausente hoy en la mayoría de las evocaciones que los propios protagonistas sobrevivientes hacen de ese pretérito.

Por su parte, el ensayo de Claudia Hilb penetra con gran agudeza dilemas medulares de nuestro pasado e invita a la discusión de otros temas como los relacionados con las ideas de perdón y reconciliación, conceptos exiliados de nuestro vocabulario y cuya sola enunciación ubica a quien los enuncia, en el incómodo espacio de la sospecha. Gravísima condena que a lo único que ha contribuido es a la construcción de un estado de consenso que supuestamente existiría entre todos los argentinos respecto a qué fueron y qué significaron los años del llamado pasado reciente.

La importancia de este volumen es la de lograr poner en discusión nuestra escena social, histórica, jurídica en relación o contrapunto con la historia sudafricana, al visualizarla como portadora de dilemas y desafíos en muchos casos similares a los argentinos. Algo en lo que concentran su reflexión los textos de Martín Bohmer, Lucas Martín, Erik Doxtader y Philippe-Joseph Salazar, ensayos que logran problematizar, por fuera de los lugares comunes y con gran agudeza intelectual, capítulos más que complejos de ese pasado, al tiempo que ponen de manifiesto, de manera sorprendente, cuán poco se conocen en la Argentina los alcances y consecuencias que tuvo el complejo proceso transicional sudafricano, tantas veces desmerecido al no querer visualizarse en él ejemplaridad alguna.

Lejos está del interés de los impulsores de este proyecto de lectura de estos dos procesos transicionales pretender señalar la excelencia y la